de familia. *¡Quamtum mutatus ab illo!* Un obstáculo misterioso le detuvo, después de los primeros éxitos, en el camino de la gloria, y desde entonces no ha podido seguir por aquella senda, por más esfuerzos violentos y dolorosos que haya hecho.

Ha quedado siempre el autor de *Mariti* relegado á su primer triunfo, por una crítica feroz é implacable que parece que se propone hacerle pagar por toda la vida el extraordinario favor que le concedió en su primera obra.

Torelli vive en Nápoles, donde se le guarda aquella consideración que merecen su glorioso pasado y su siempre altivo ingenio.

Pero no creo que escriba más para el teatro. En el teatro, no obstante, vive siempre su alma; vive de recuerdos, de deseos, que cuando le brotan á los labios dan á su lenguaje algo de febril y de triste, que da pena.

¡Da pena también pensar cuán acerbamente ha sido envidiado y perseguido! Y debe haber sufrido mucho: se le nota en el rostro, bajo aquella sonrisa amable que, para los observadores superficiales, es siempre la de sus días felices.

V

Nitti.—Scarfaglio.—Torelli Viollier.—Matilde Serao.—Ada Negri.—«Mantea».—Olga Ossani.—«La condesa Lara».

Y ahora pasemos á los jóvenes. Entre ellos está Francisco NITTI, una figura extraña de joven abate regordete y tranquilo, fresco como una rosa y contento como un muchacho, que da ganas de pellizcarle los carrillos. Al verle, diríase que es un poetita jovial y gracioso, bueno para hacer sonetos para bodas y bautizos, no un economista. Es profesor libre de Economía política en la Universidad de Nápoles.

Muy joven aún, escribió un libro docto y sensato sobre el *Socialismo Católico*, que alcanzó mucha fama, aun fuera de Italia. Después publicó otra hermosa obra sobre la *Teoría de la población*. Tiene muchas aplaudidas conferencias sobre asuntos económicos. Dirige ahora *La Riforma Sociale*,

que es una de nuestras mejores revistas. No es socialista; ha tenido con los socialistas polémicas muy arduas; su mente y su corazón están ampliamente abiertos á todas las ideas de reforma, aun las más atrevidas y fecundas en pro de la clase trabajadora.

Si no se fija uno en su edad, se ve que es una maravilla de doctrina, que va acumulando continuamente con un estudio paciente y ordenado y con una vastísima correspondencia con los más ilustres sabios extranjeros.

Su método de estudio y de vida podría señalarse como modelo á todos los jóvenes que aspiran á tener un nombre en la ciencia. Tiene un horario que observa con toda escrupulosidad, en cuyo horario están reguladas todas sus ocupaciones al minuto; anota y clasifica todos los conocimientos que va adquiriendo, registra y administra su doctrina como un banquero sus valores; no pierde un día, no distrae una hora, no desperdicia una gota de tinta. Y esto no le impide dedicar una parte de su tiempo á los amigos y ser agradabilísimo en la conversación, en la cual suele poner con tanto garbo como habilidad la nota burlesca.

Como todos los napolitanos de su edad y de su clase, viste elegantemente y tiene maneras muy corteses; pero observa en la discusión una cierta placidez holandesa, que es muy rara en su país. Habla con una voz dulce y nasal, un poco monótona, como si salmodiase. Parece un jovencillo; pero en el conocimiento de los hombres es más que maduro.

Hará gran carrera en el mundo.

***

Otro de los publicistas napolitanos es Eduardo SCARFAGLIO.

El hecho de que muchas veces me haya desollado vivo, no me impide reconocer que tiene un temperamento de escritor originalísimo, mucha cultura y sólido talento. Es todavía muy joven. Empezó á llamar la atención cuando aún era estudiante de letras y escribía artículos críticos. La Naturaleza negó al rostro los dones que prodigó á la mente. Una de sus víctimas literarias que no lo conociera personalmente, no podría figurárselo con otra cara que la que tiene.

Su ingenio es principalmente crítico, y

el género de crítica en que más se distingue es en el de *reventador*. Es una especie de Rochefort de la literatura, y tiene en el procedimiento crítico algo de Barbey d'Aurevilly. Cuando ataca á un escritor, lo quisiera ver muerto. Cuando solamente le arranca la mitad de la piel, cree haberle dado muestras de gran cortesía.

Preciso es decir en honra suya, sin embargo, que llegado el caso, la emprende consigo mismo, y que no se le escapan ni aun sus mejores amigos.

Entre otras cosas ha escrito una vez una crítica despiadada de una novela de su mujer.

Ahora se ha entregado casi por completo á la política. Intentó, hace algún tiempo, tener un diario político en Roma; pero no le resultó. Dirige hoy *Il Mattino* de Nápoles, creo que con fortuna. Escribió un buen libro sobre la Bulgaria, después de haber viajado por ella. De literatura se ocupa sólo rara vez. La política, en cambio, ofrece mucho mejor campo á su índole batalladora. Su bestia negra es el socialismo, contra el cual se lanza todos los días con una violencia furibunda. Si de él dependiera, estarían ya todos los socialistas

con esposas y grilletes, en las mazmorras más inmundas del Estado.

Así cree él defender la causa del orden, y fuera muy bueno que prestara á esta causa sus grandes servicios; pero, aunque yo no tenga ninguna razón personal para desear que vuelva á la literatura, creo firmemente que su talento es más literario que político, y que sería para él muy ventajoso si volviera á los antiguos amores... Ya se entiende que he dicho *amores*, por un decir.

*
* *

El reverso de la medalla de Eduardo Scarfaglio es TORELLI VIOLLIER, fundador, director un tiempo, y todavía hoy, colaborador principal del *Corriere della Sera*, que es uno de los periódicos más difundidos en Italia. Es napolitano de nacimiento, pero con la compostura y frialdad de un inglés: es alto, rubio, rígido, serio. Siendo muy joven, fué Secretario de Alejandro Dumas, padre; después apareció en la crítica literaria; pero su vocación era el periodismo político, al cual llevó, con gran fortuna, la claridad y la agudeza de su inteligencia razonadora, sostenida ya que no por una

gran cultura, por un raro poder de asimilación y por toda la ecuanimidad que se puede desear en un periodista militante.

Ninguno podrá alabarse de haberle hecho perder la calma, ni aun en las polémicas más graves. Él contesta á los más furiosos ataques con una tranquilidad y una lucidez de argumentación que desanima á los contrarios más tenaces. Y se bate en duelo cuando le provocan, con la misma sangre fría con que ejecutaría un ejercicio higiénico molesto, pero necesario.

Últimamente entabló una campaña contra el espiritismo, con una rigidez de argumentación matemática que apartó de la secta á muchos de sus más firmes creyentes. Esa manera suya de combatir le suscitó muchos más enemigos que los que le hubiera suscitado la iracundia agresiva; fué maltratado y perseguido muchas veces. Uno de los agresores le hirió en un ojo; pero siempre conserva la misma calma de espíritu.

Y tal como es con los adversarios es con los amigos. Emplea la misma cortesía reservada con el que ha conocido hace veinte años que con el que conoce sólo hace un mes. Con el *Corriere della Sera* ha ganado

una fortuna que gasta liberalmente. Se casó hace muchos años con la escritora María Torelli, conocida con el seudónimo de *Marquesa Columbi*, de la cual se separó más tarde. Hoy vive con un pie en el mundo y otro en la soledad.

Últimamente instituyó un premio de varios miles de liras para velocipedistas. Mas creo que nunca se ha montado, ni montará jamás en una bicicleta, porque el movimiento «descompuesto» que requiere este ejercicio le debe inspirar horror.

*
* *

Después de Scarfaglio debí haber presentado á su señora, Matilde SERAO, la primera novelista de Italia. Pero al hacer su retrato me encuentro algo embarazado, porque no la he vuelto á ver desde hace cerca de quince años. Estaba entonces en el primer florecimiento de la juventud y de la gloria. Su figura se me quedó vivamente impresa. Era de poca estatura, de formas llenas, pero de talle sutil; con rostro ovalado, color moreno pálido, lindos cabellos obscuros: un tipo napolitano puro. Algunos de sus rasgos, que eran nobilísimos, los he

olvidado; no me acuerdo bien más que de sus bellos y brillantes ojos, y de la boca enérgicamente dibujada, que parecía dar á cada palabra doble valor. Recuerdo también su voz llena y calurosa, la sonrisa chispeante, y una mímica de extraordinaria expresión.

Bella, en el rigor de la palabra, no lo era; pero sí tenía uno de esos rostros que la excitación del pensamiento y de la pasión hace hermosos en algunos momentos. En su lenguaje franco é incisivo se sentía la conciencia de un elevado ingenio y el vigor de una voluntad varonil, preparada para las luchas y las tempestades de la vida literaria y periodística, en torno á la cual su ingenio penetrante, ya desde entonces no se hacía ninguna peligrosa ilusión.

Me pesa no haberla vuelto á ver, porque en aquella ocasión la oí hablar poco, y he oído decir que en la conversación familiar tiene arranques de elocuencia artística, verdadero arte para contar anecdotas y una vena satírica y cómica verdaderamente maravillosa. Ahora creo que tiene hijos, sin que los cuidados de la familia le impidan continuar escribiendo bellas nove-

las y colaborar asiduamente en el periódico de su marido. Dió, hace poco tiempo, una conferencia pública que no llamó grandemente la atención.

Es, sin duda, el talento femenino más sólido de nuestro país; y como prosista pocos pueden igualarse con ella, aun entre los hombres. Respecto de ella y de su obra se debería escribir un interesante libro, y es de esperar que alguien lo escriba.

*
* *

Y puesto que he comenzado ya con las señoras, continúo.

Entre las poetisas italianas ocupa el primer puesto, por ahora, Ada NEGRI.

Es muy joven. Era hace pocos años una obscura y pobre maestra de aldea; de una aldea que llegó á ser tristemente famosa por el asesino de Carnot, que había nacido en ella.

Un libro de versos hizo célebre á la Negri. Ahora enseña literatura en la Escuela Normal de maestras de Milán. Figura originalísima, más parece una siciliana que una lombarda.

Es de mediana estatura, pero de com-

plexión fuerte. Tiene espesa cabellera negra y crespa que forma rica corona al rostro moreno sanguíneo, en el que fulguran sus grandes y penetrantes ojos negros, y se enciende en rosa su boca apasionada y enérgica.

En un banquete, al que asistía ella, el Dr. Lombroso le examinó el cráneo con mucha detención, pero no recuerdo qué caracteres descubrió: los del cráneo de una poetisa probablemente. Tiene voz robusta y armoniosa, sonrisa bellísima, rasgos y palabras llenas de vivacidad y de ingenio de muchacha selvática y arisca. Pero quizás á estas horas haya cambiado la expresión de su rostro, porque la envidia y la calumnia la han mordido ya en cuanto salió de su obscuridad, ferozmente. ¡Pensar que ha sido acusada de haber guiado por mal camino, instruyendo en las ideas socialistas, al joven Caserio, que no fué nunca su discípulo, y á quien no vió nunca en su vida!

Y no hablo de las críticas literarias, que fueron igualmente injustas, venenosas y brutales. Pero Ada Negri, que soportó con ánimo firme y altivo la pobreza y muchos grandes dolores, saldrá también victoriosa

de esta prueba, y seguirá esparciendo por Italia su poesía bella y generosa, atrevida y casta, altamente cristiana y sabiamente civil, que levanta los corazones, fortifica los ánimos y eleva las inteligencias.

Para ello le consuela de todas sus amarguras la presencia de sus alumnas, de las cuales es adorada, y el aplauso amoroso que llega hasta ella de todas partes de Italia.

***

Otra escritora me atrevo á presentar (todavía no célebre, pero conocidísima ya en el mundo periodístico), que, por sus vicisitudes, es una de las figuras más interesantes de la literatura femenina. Escribe con el seudónimo de «*Mantea*» en diarios y revistas. Es piamontesa, hija de un coronel de abolengo ilustre, tiene algo más de treinta años. Fué una señorita hermosísima, y aun hoy es una bella señora, alta, esbelta, rubia como el oro, de una elegancia y de una gracia distinguidísima.

Se enamoró de ella y la hizo su esposa, hará unos diez años, un joven que se decía hijo del rey de las islas Sandwich, y que era además académico de la Militar de Tu-

rín. Una vez casada, se fué con su marido á sus lejanas islas, encontrándose como trasplantada en un medio totalmente extraño para ella. Una grande desilusión la esperaba en aquel nuevo mundo. Su esposo era ciertamente hijo del monarca, pero no hijo legítimo. Era hijo de la mujer de un carpintero, el cual, naturalmente, gozaba de la gracia soberana. Pero todavía hubo algo peor. El Príncipe apócrifo, al volver á su patria, se metió en política, entró en una conjuración—según cuentan—contra su padre, fué aprisionado, consiguió huir y llegó á San Francisco de California. Aquí, la pobre señora que había huído con él y que tenía ya una niñita, tuvo que dar lecciones de italiano para mantener al marido y mantenerse ella. Así vivió durante algún tiempo en una grandísima miseria, y además maltratada por el Príncipe, á quien ella mantenía; después se separó de él, y, pobre y desolada, volvió á Italia, donde se dedicó al periodismo literario para ganarse la vida. Escribirá algún día su propia biografía, un libro extraordinario. Y no le falta talento para hacerlo.

Escribe sobre todos los temas con estilo fácil, gracioso y lleno de color, con un poder grande de observación original y penetrante, y con delicadeza exquisita de sentimiento. Progresa continuamente, estudiando con constancia y con actividad en los libros y en la vida.

***

Todavía hablaré de dos escritoras que usan dos seudónimos célebres: «*Febea*» y la «*Condesa Lara*», ambas bellas.

El nombre de la primera es Olga Ossani. Se dió á conocer muy joven, con una hermosa novela. Luego se dedicó al periodismo, y escribe hoy cotidianamente en el *Don Quijote*, que dirige su marido. Su pluma está llena de calor y de brillantez, como una espada de gala; su prosa recuerda, bajo ciertos aspectos, la de la escritora socialista *Severine;* tiene una fuerza y una gracia y una elasticidad que se presta igualmente á la literatura y á la política, á artículos sobre modas, como á disertaciones sobre filosofía social. Creo que sería muy capaz de dirigir el diario.

Recuerdo la proposición, original y valerosamente sostenida, que hizo cuando se preparaban las fiestas en honor de Beatriz,

la divina inspiradora del Dante. Propuso que se festejara más bien á la pobre mujer de Dante, que le había dado y educado los hijos, entendiéndose con todo el manejo de la casa, sin haber tenido ninguna compensación, ni durante su vida ni después de muerta.

Es una de esas ideas que dan la medida del espíritu y del talento de una mujer. No menos que su ingenio, es original la persona de esta valerosa y atrevida escritora. Alta y flexible, de una delgadez elegante, de rostro menudo, iluminado por dos ojos negros y brillantes, que, con la frescura todavía juvenil de su tez, forman un contraste caprichoso y simpático, con los cabellos precozmente blancos y extrañamente recogidos. Tengo que dejar, á pesar mío, incompleto su retrato, porque no tuve el placer de hablar con ella más que una sola vez.

Y menos todavía puedo decir de la «*Condesa Lara*», á quien vi rápidamente hace muchos años, y con la que concluyo esta serie de apuntes y de fugaces impresiones.

Era, y creo que lo seguirá siendo, muy bella: una rubia luminosa; la rubia más rubia de la literatura europea; un rostro de

rosa y de nieve, iluminado por dos ojos de un azul clarísimo y de una expresión fugitiva y misteriosa, como los ojos de una criatura vista en sueños. Y no diré palabra del alma suya ni de su vida, que se traslucen en mil centellas de su poesía vibrante de amor, voluptuosa al mismo tiempo que gallarda, llena de fulgor, de halagos, de llamas, de colores y de besos, de ímpetus de gozo y de lágrimas iracundas y amargas.

.....

Y aquí terminan nuestros juicios públicos.